

DANIELA dijo que me parecía a su marido. Mandíbula recta, ceja quebrada; lo había pensado mientras mirábamos al patio por la ventana de cortina en tiras, la primera tarde de tutoría con el manual y el llavero y el vaso de plástico. Ya en el hotel se ampliaba el parecido. Era también mi sonrisa amplia, el pelo un poco blanco del pecho. Me acababa de contar en la pizzería que su marido había muerto hacía diez años.

Antes de oscurecerse la avenida que veíamos desde la cama, se incorporó un poco y puso folios entre ella y yo. Decía éste no, me miraba y hojeaba. No hay paso de años, empezó a leer, que le quite a nadie el peso de la muerte, el agujero en el pecho, los tirones de manga del fantasma. Se interrumpió, alisó con la mano la almohada, miró el papel y me miró con sus grandes ojos verdes, cansados, pensé, de su poema sin destinatario. Volvió a buscar: el poema que me dedicaba era sobre mis estiramientos de cuello al explicar o al hablar por teléfono. Nunca le pedí luego ese poema, pero me

acuerdo: movimiento del cuello de un gorrión sustituye el reloj del despacho, el tiempo está medido por tu nervio, mueves, miras la tarde y luego vuelas. Se me salen las tetas, concluyó Daniela, mirándome, como si esas palabras fueran las últimas del poema. Quizá lo eran.

Recogió los folios, los puso en el suelo, volvió a tumbarse y me habló de su marido, empresario, tenista, alguien conocido, importante. Insistía en lo de conocido e importante aunque yo, por pudor, por temor, no le preguntaba. Se contestaba a sí misma: era algo más que empresario, era tenista famoso. Cuando encendí la lámpara le pregunté por fin el nombre. Resultó que yo de muchacho había saludado al que entonces no era aún su marido. Se hizo famoso por un desplante tenístico-político-amoroso. Estuve una vez con mi tío en el club del argentino. El club que ahora era de Daniela.

Al tenista argentino su desplante le había servido a la larga, mi tío decía que sin buscarlo, otros que buscándolo, de apoyo financiero y periodístico para su negocio. Cuando mi tío Pumpún iba allí a jugar, el bar ya estaba lleno de fotos del argentino con millonarias y actrices y así —comprendía yo ahora con Daniela— hasta la última de seis o siete bodas, desligado él ya de la actualidad y las revistas, con Daniela treinta años menor que él. Con apoyo de cortesanos iraníes del sha, a quien aquel desplante homenajeara, el club tuvo

largo éxito, hubo fiestas, hubo Rolls de iraníes del exilio. Y ahora el tenista llevaba diez años muerto y su joven viuda, de belleza desarmante, me hablaba de él en la cama de un hotel al final de una avenida de mi ciudad.

¿Sigues enamorada de él?, dije. Claro, contestó ella, es que nuestra relación no se rompió por desgaste del sentimiento, se rompió por la muerte. Sólo supe repetir que yo había conocido a su marido cuando aún no era su marido. Con una ligereza muy seguida que era la única actitud posible sin ponerme de pronto grave, le conté a Daniela que a mis catorce fui a aquel club con Pumpún, llegamos en su coche lleno de raquetas, bolsas y botes de bolas que se movían por el traqueteo de baches y curvas rápidas desde su casa de la montaña hacia el mar, hacia el tenis, hacia la belleza internacional de niñas rubias de mi edad que con faldita y coleta daban fuerte el revés a dos manos, y de sus madres que hablaban con mi tío en inglés o en francés.

No me atreví a volver a recostarme sobre Daniela y seguir besándola como si nada. Debíamos hablar de él. Pero fue ella quien se recostó sobre mí. Hasta cierto punto, aquella evocación mía era hablar de él, permitir que ella corrigiera mis viejas impresiones de adolescencia. Sigue, dijo. Después de haberme hablado del tenista en el trayecto, mi tío me lo presentó, vimos el brazo enorme y el vaso de whisky paliativo,

como nos contó él mismo, del dolor de espalda crónico. Sin soltar su vaso, me dio la otra mano aquel ídolo que había renunciado a un más que probable éxito deportivo por vengar la infancia de su primera mujer. Su primera mujer –lo dijo Daniela mirando al techo y por evitar en este punto mi versión, seguro que un poco errónea como la de otros– se exilió con la llegada de los ayatolás al poder en Irán.

Yo no podía añadir que a mis catorce, mirando siempre más de la cuenta como el niño callado que era, el tenista me pareció una de esas personas famosas que comprueban si se les está mirando, si sabemos de quién se trata, como los científicos que a mi vuelta a mi ciudad a la vez que ellos volvían desde el CSIC de Franco o desde el exilio esperaban ser reconocidos y a mis treinta me hablaban con autoridad y con esperanza de que al menos el joven científico sabría. Yo seguía habituado a mirar más de la cuenta a quienes, como mi padre, habían crecido en la ciudad sobrevivida con cautela y falta de estudios y de dinero ante el mostrador y el brillo de las medallas en funda y frases de Cajal en metáfora, de Marañón en receta, de Ochoa en conferencia con dry martini. Ochoa me llegó a tener en brazos cuando mi padre organizaba conferencias del ateneo local. Algo se me pegó al tirarle yo tan pequeño de la corbata a Ochoa, bromearía mi padre en el almuerzo en el Fortnum de Piccadilly después del tribunal de mi tesis.